

PEREGRINAR

En los siglos XI, XII y XIII, miles de personas encaminaban sus pasos a Santiago de Compostela, en un movimiento de pueblos que marcó la historia social y cultural del medioevo europeo. ¿Cuáles eran las razones por las que abandonaban sus hogares? ¿Por qué decidieron dejar atrás el ámbito protector de sus parentelas y amigos, para lanzarse a una aventura que duraría meses y de la que no estaban seguros de regresar?

En una generación en que lo sagrado se unía con los gestos más banales, en que lo invisible no se era menos real que lo visible, en que la muerte no ponía término al destino individual y, por tanto, no preocupaba mucho su suerte en el otro mundo, el viaje a Santiago era uno de los muchos actos que se hacían para agradar a Dios y obtener sus favores, como recompensa.

Ir allí se asociaba a dos prácticas sociales muy importantes en la época: obligación de rendir culto a los muertos y pleitesía a los poderosos. Estos esperan que sus fieles se reunieran en determinadas fechas y en determinados lugares para servirles y, al tiempo, recibir las señales de su benevolencia. Lo mismo esperaban los muertos sus herederos, que debían visitarlos periódicamente, aunque sólo fuera para evitarles daños. Pero también había muertos muy poderosos: los santos, que tenían su sede junto a Dios; Dios los escuchaba; podían defender ante él la causa del amigo y familiar. Someterse ante sus reliquias y tumbas, era lo mismo que cargarse de ofrendas ante el palacio del señor o la sepultura de los difuntos de la familia; era garantía de recompensa, tanto en el futuro como en el presente. Sí, los santos tenían poder para ayudar en este mundo a los que acudían a orar en su sepultura, signo de fidelidad indestructible. Puede que hasta lo sacaran de apuros, que lo curaran; por eso, en siglo XI, peregrinación era, además, búsqueda de milagro.

Pero, por entonces, el milagro se manifestaba en las proximidades de las fuentes curativas que la Alta Edad Media había cristianizado y colocado bajo un santo tutelar, o en torno a los relicarios... De todas formas, pululaban las peregrinaciones. Había lugares más renombrados: la tumba de S. Gil, junto al Ródano, especializada en curar la esterilidad. Pero la mayoría de las peregrinaciones reunían a gentes de alrededores y, en general, eran gente humilde. Tales reuniones tenían lugar en fechas fijas, como por ej. las ferias, con las que estaban muy relacionadas. Tal forma de devoción, injertada en el cristianismo más grosero, en la magia, entrañaba una movilidad permanente en el seno de una sociedad más fluida de lo que nos imaginamos.

Pero la peregrinación tenía otra función: purificadora. Se hallaba entre los castigos hacia los pecadores para el bino de su alma, castigo que alcanzaba

cotas altas en la escala de penalidades y que sólo se requería por faltas graves, pues arrancaba al culpable del marco normal de su vida, de su entorno, para condenarlo a errar hasta purgar el crimen. Al liberar a la sociedad de sus miembros más peligrosos, la peregrinación era forma de destierro o exilio. Pero este exilio puede ser voluntario; entonces se espiritualiza; es lo que Pedro Damián llama "exsilium spirituale".

Dejar a los suyos, encarar lo desconocido, lanzarse como extranjero a quien, en el camino, estaba permitido desposeerle de sus pertenencias, era un renunciamiento análogo al que se realizaba al ingresar en una comunidad monástica. Por eso los peregrinos, como los monjes, usaban una vestidura articular que los protegía de ser confundidos con vagabundos y les permitía hacer valer los derechos que la sociedad reconocía a quienes se sometían voluntariamente a esa experiencia. En este caso, el peregrinaje no era sólo la búsqueda del milagro, sino una forma de mortificación redentora. Marchar de esta guisa equivalía a protegerse personalmente de la cólera del cielo, y no ya por intermedio de una reliquia; equivalía a acumular méritos cuyo peso pudiera compensar los pecados cuando San Miguel viniera, en el juicio, a pesar las almas. Por eso este tipo de peregrinación se emprendía en el ocaso de la vida y como preludeo de la muerte.

Cuando la peregrinación se concebía como un acto de ascetismo, sólo era practicada por una élite de fervorosos y angustiados hombres de iglesia y algunos fieles más devotos. Cuando tenía función penitencial, incumbía, sobre todo, a los dirigentes. En efecto, el príncipe se sentía responsable de la salvación de sus súbditos. Debía atraer, tanto por su osadía como por los beneficios que se imponía, los beneficios del cielo sobre el territorio que Dios había colocado bajo su protección. Estaba obligado a lavar sus pecados para que no recayeran en prejuicio de su pueblo.

Por fin, estaba la motivación del gusto por el viaje a tierras lejanas. No eran aquellos hombres insensibles a las seducciones del turismo. Los príncipes acostumbraban a llevar periódicamente de excursión a sus guerreros. Es verdad que se les ofrecía el placer de combatir. Pero, a veces, cambiaban los objetivos y los llevaban a visitar un lugar sagrado. Este tipo de peregrinaciones, colectivas y aristocráticas, eran tanto más beneficiosas cuanto más distaba el punto de llegada. En el siglo XI había tres sepulcros de máxima atracción: el de Cristo en Jerusalén, la tumba de Pedro y Pablo, en Roma y Santiago de Compostela.

Santiago de Compostela, "confluencia de pueblos". ¿Por qué su éxito?. Primero porque se consideraba que la tumba descubierta en Galicia era la de Santiago, apóstol, uno de los doce, cuya personalidad destaca el N.T., que le

llama "hermano del Señor" y dice que había dirigido la Iglesia de Jerusalén, tras partir Pedro para Roma. La identificación de su sepultura allí probaba que había llevado el evangelio hasta los límites de Occidente.

Pero tras el año mil, en el movimiento que conducía a la transformación de la institución eclesiástica, bajo el modelo de la ida apostólica, crecía la devoción por los personajes de los evangelios. Todos ellos habían vivido en Oriente, y allí habían muerto. Europa soñaba con su sitio en Oriente. Sabiamente orquestado, en siglo XI, se difundía el rumor de que en Saintonge se había encontrado el cráneo de S. Juan Bautista; los monjes de Vézelay, en Borgoña, decían tener los restos de María Magdalena. Se realizan esfuerzos para probar que los mayores santos venerados en Galia - S. Marcial o S. Dionisio - habían estado cerca del Señor.

De los primeros discípulos, Santiago, junto a Pedro, era el único cuyas reliquias la cristiandad podía, ufanamente, enseñar. Por eso los peregrinos se dirigían a su tumba. En 997, cuando al- Mansur destruyó la primera basílica, ya venían desde lejos. Enseguida las peregrinaciones aumentaron y el renombre de Santiago crece allende los Pirineos.

Es entonces cuando el desarrollo de tal peregrinación se vió favorecido por el poder, por los poderes espiritual y temporal. En España, las monarquías se fortalecían al socaire del crecimiento material de la época en toda Europa Occidental. Los soberanos, sobre todo de Navarra, en tiempos de Sancho el Grande, y luego los de Castilla, en lucha sin cuartel contra los moros, reconquistando el territorio de manos árabes, hicieron lo posible para atraer a los príncipes del reino de Francia y a sus caballeros. Les ofrecían regalos y esposas. También los deslumbraban con los beneficios que podían obtener si prolongaban el viaje hasta el sepulcro de Santiago. En época en que se recordaba aún a los emperadores francos que, en siglo VIII, se habían lanzado contra los infieles, y mientras el papado acordaba privilegios e indulgencias y la promesa de salvación a quienes partían con peligro de su vida para extender el Reino, la difusión de leyendas sobre Santiago "Matamoros", que favorecía a los que reconquistaban, adquirieron gloria y botín, fuente de deseo de participar, bajo la égida de Santiago, en tal guerra santa. Y ello encontró un terreno abonado entre aventureros, caballeros o clérigos, de Aquitania y Borgoña. Cada vez más la clase militar tomaba el camino de Galicia. A fines del XI, el prestigio de Santiago se extendía hasta el sur del reino de Francia. Cuando, en el siglo XII, la frontera retrocedía al sur y había que explotar tierras conquistadas, los reyes entendieron que la peregrinación podía ser elemento de desarrollo económico, siempre que no sólo atrajera soldados, sino también trabajadores. Por ello, se ocupan de facilitar el viaje, estableciendo un sistema de franquicias y protección impresionante.

Pero las disposiciones del poder temporal para utilizar en su beneficio la fama de Santiago no habría sido tan exitosa si no se hubiera asociado el poder espiritual a promocionar la peregrinación. Las instituciones eclesiásticas contribuyeron a orientar hacia los puertos a los que partían tanto por el placer de combatir y la esperanza de pillaje, sino también buscando la redención de sus faltas. Al principio la propaganda del viaje corrió a cargo de las grandes abadías de la Galia., Luis el Piadoso y los señores de su entorno habían saqueado lo que estuvo a su alcance de las reliquias transpirenaicas, las habían distribuido aquí y allá, y esos relicarios evocaban la memoria de países lejanos en los que había vivido el santo cuyos huesos guardaban. Las leyendas sobre tales reliquias afirmaban que los santos exiliados protegían a los hombres valientes que fueran al sur para eliminar al musulmán. Muchos caballeros acudían al llamamiento. De regreso, victoriosos, ricos, donaban, como agradecimiento, a esos santos o al monasterio, dominios con los que el soberano español les había obsequiado. En aquellas tierras, los monjes fundaban una filial de su abadía. Así se establecieron relaciones cada vez más firmes entre ambas vertientes de los Pirineos. Estas relaciones se estrechan en siglo XI. Son evidentes las que ligan a Sainte Foy de Conques con España; Saint Sernin de Toulouse y Santiago.

Sin embargo, el papel principal le cupo a Cluny. A fines del XI, Cluny se erigía en depositaria de la herencia cultural del imperio romano, y su jefe, el abad del monasterio borgoñón fué una de los propagandistas de la peregrinación jacobea. Todo mueve a pensar en el sello cluniacense de la inspiración que informa dos textos introducidos en el "Liber sancti Jacobi", que celebraba la peregrinación e invitaba a ella: la guía del peregrino y la novela de aventuras, fantasmagórica y cautivadora, llamada "Seudo Turpin". El momento en que la peregrinación a Santiago alcanza su esplendor es un poco posterior al de la penetración del "ordo cluniacense" en España, en que se establece una alianza entre el rey de Castilla y el abad Hugo de Cluny, en que los monasterios de la Península Ibérica adoptan las costumbres de Cluny. Desde entonces, los peregrinos, acogidos por filiales de estas abadías en territorio hispano y en Galia, se sintieron protegidos e incitados a proseguir su viaje y a añadir a los favores recibidos por S. Martín, Marcial o Juliano, el patrocinio de Santiago, cuya virtud salutífera era eminente.

A fines del XI, la peregrinación estaba en pleno vigor. Los amos de los cuerpos y de las almas, muy asociados, atraían a Santiago mayor número de caballeros. Pero tal propaganda - que podríamos llamar política- no lo explica todo, y, en concreto, no explica la razón por la que, años después, la peregrinación jacobea cambió de naturaleza, se amplió y sus protagonistas no fueron ya poderosos militares, sino multitud de pequeños grupos de gente mediana y modesta, incluso - lo que inquietó- mujeres. Tal vez el motivo del cambio resida en el fuerte impulso de desarrollo de la cultura europea, sobre

todo en el s. XII, que coincide con la primacía de la peregrinación a Santiago sobre las demás.

Aún queda por distinguir, entre tantas corrientes, las que ejercieron presiones más importantes en la historia de la peregrinación. Sobre todo dos: el impulso demográfico y el deshielo de la economía, la penetración de la moneda y una movilidad de riquezas que facilita la circulación de hombres. Pero este segundo factor actuó de forma indirecta, pues ya antes, en los siglos de recesión económica, la gente circulaba, pese a la escasez de dinero, los inconvenientes de la acuñación de moneda y el mal estado de los caminos. Si la expansión económica se puede considerar como factor capital de tal peregrinación en el XII, es porque provocó la progresiva disolución de las ataduras que mantenían al individuo con su grupo. Hasta el s. XII, las estructuras de la sociedad fueron aglutinantes, y la flexibilización, debida al crecimiento demográfico y al auge del intercambio, fué tal que las personas se liberaron de los lazos comunitarios. Ello fué decisivo con relación al fenómeno en cuestión. Tocamos, así, la cuestión esencial: la evolución económica produjo la evolución del cristianismo, lo que determinó la transformación radical de las prácticas sociales de la peregrinación. Estas se convirtieron.

En el XII se observa en los comportamientos religiosos un reflujo de lo irracional, mágico, del "pensamiento salvaje" (Levi-Strauss) . Y ello por muchos factores: la atención que cobra el relato evangélico, que lo expresan cada vez más asequible al pueblo. Tal reflexión se difundió entre los fieles y los motivó para no seguir en estado de ciega posternación ante la omnipotencia de Dios. Ahora se les mostraba ,en Jesús, un Dios-hombre, más próximo e imitable. Además, interviene el optimismo, la confianza del hombre en el hombre y en el futuro, que le suscitaba el crecimiento material y le indicaba que no estaba aplastado por las fuerzas naturales. En fin, el debilitamiento de las solidaridades colectivas permiten tomar conciencia de que la salvación del alma es cuestión personal, que la persona que no puede, para obtener la clemencia divina, remitirse a terceros, a intermediarios, a intercesores. Se procuraba persuadir de que el individuo debe obtener, él mismo, tal clemencia, por sus méritos; no por el cumplimiento de ritos ni pronunciando tal o cual fórmula, sino llevando una vida acorde con las enseñanzas de Jesús y por la conversión.

En el momento del desarrollo de la sociedad y la creciente convicción de que el mundo material era menos malo de lo que se había creído, de que la condición humana era mejorable por el esfuerzo de todos, se produjo una mutación en el seno de la institución eclesiástica. En el XII, los dirigentes de la Iglesia se percataron de que no bastaba con reformar las costumbres de monjes y clero, sino también de liberar del pecado a toda la "ecclesia", a todos los laicos. Para ello lo educaron y reorganizaron la pastoral. Invitaron a los pecadores a reformar su vida , individualmente. Los llamaban a la var, por sí, sus faltas. Les mostraban el ej. de María Magdalena, pecadora, que fué perdonada porque

había reconocido su pecado y se había redimido por el sacrificio corporal. Esto era, para los cristianos, un estímulo para declarar sus debilidades en la confesión y purificarse por la penitencia. Como el cristianismo se había interiorizado, personalizado, los sacerdotes exhortaban a vivirlo en caridad y arrepentimiento. La peregrinación dejó de vivirse como hasta entonces, al menos en los sectores donde había arraigado la nueva pastoral: cortes principescas y medios urbanos. Por ello, la peregrinación perdió su carácter ritual y colectivo. Era cuestión personal, conducida con espíritu de renunciamiento y autosuperación. Se entraba en ella por una decisión similar a la del monje o ermitaño, o del caballero andante. Era eso lo que justificaba la peregrinación a los ojos de los moralistas, como Honorius Augustodunensis, para quien carecían de valor los viajes q, como antes, buscaban placer, gloria o beneficios materiales.

Concebida como medio de redención , debía ser marcha pacífica y larga, aunque no tenía por qué exigir esfuerzos sobrehumanos, y requería desprendimiento de los asuntos temporales. , lo que hizo que, en XII, Santiago aventajara a Roma y Jerusalén. Roma, exasperada la rivalidad papa/emperador por el "dominium mundi" parecía más capital del Estado, y del más codicioso en discordia. Mancillada por el dinero y las intrigas políticas, había dejado de atraer. Tierra Santa era expedición demasiado sufrida para el común de los pecadores y, además, cara.

Añadense a estas razones el que los itinerarios se organizaban de modo que coincidieran con los santuarios franceses. Todos convergían en los Pirineos Occidentales. Pero se podía pasar por Vézelay (Magdalena), Tours (S. Martín), Puy (La Virgen), las sepulturas de Arlés., Limoges(S. Marcial), Conques(Sainte Foy), Toulouse (S. Sernin). Grandes o pequeños monasterios de Cluny se esparcían por el camino y se instalaban otros puestos de descanso promovidos por instituciones de caridad y misericordia, frutos del Cristianismo del XII. Así, se multiplicaban las iniciativas tendentes a allanar los obstáculos de los peregrinos jacobeos. En el trayecto español se ha conservado el recuerdo de los esfuerzos de Santo Domingo de la Calzada, que mejoró la circulación por las vías, de Adelardo, que fundó una comunidad de caballeros para proteger a las comitivas.

Para salvar también ellos sus almas, los cristianos que no peregrinan fundan hospicios o se consagran al cuidado de peregrinos enfermos o pobres. Los que regresaban se agrupaban en las cofradías de Santiago, que aparecen en s. XII, pero que existían de antes; e ellas predicaban con el ejemplo y preparan para la partida a los aspirantes a la penitencia. Y la "Guía del Peregrino" no es más que un testimonio de todos los tipos de indicadores que se instalan entonces en toda Europa para conducir a los caminantes a Dios, por escrito o de palabra, o por signos, a través de Santiago.

Por este complejo sistema, Santiago era cada vez más accesible a gente que partía solo y sin medios. Lo que determinó lo que los historiadores percibieron en el seno de la comunidad de peregrinaje. En ella todavía hay reyes y príncipes (Luis VII de Francia) o héroes del Cristianismo (Francisco de Asís), caballeros y canónigos. Pero, junto a esto, se descubre que los peregrinos son de extracción popular en su mayoría. ¿Campesinos? Tal vez, aunque no los refieran los documentos. Se trataba mejor de habitantes de las ciudades, mercaderes y artesanos. Muchos partían voluntariamente, otros a su pesar, para cumplir la última voluntad del difunto, o conminados por un confesor, o condenados por las jurisdicciones represivas, religiosas o civiles, que, por entonces, inflingían tal pena a herejes y a criminales de derecho común. En los caminos de Santiago también se hallaban aventureros o impostores. Pero es posible creer que la mayoría actuaban con la esperanza de la salvación y purificación.

En camino, mientras marchaban, y por la noche, en el final de etapa, en el refectorio, en el dormitorio de la casa de Dios.. esas personas hablaban entre sí. La disparidad de dialectos no les impedía la comunicación, ventilar sus costumbres, descubrir las ajenas. El "camino francés" era lugar de encuentro de culturas europeas. En la larga experiencia, los peregrinos vivían en Europa. No nos debemos asombrar de que el autor desconocido que, sobre los años treinta o cuarenta del XII, compuso el Seudo Turpin, optara por asociar la figura de Carlomagno a la del apóstol Santiago. En una época en que el recuerdo del emperador de "la barba florida" volvía a gozar de gran celebridad en el entorno del rey fe Francia y Alemania, antes de serlo en todas las cortes principescas de Occidente, este escritor que, transcribiendo simplemente lo que se repetía por doquier, presentó a Carlomagno como inventor de la peregrinación, lo convirtió en el primero de los peregrinos, en el primer redimido, por haber descubierto la tumba de Santiago y haberla liberado de los infieles islámicos. Por esa referencia al legendario soberano, la peregrinación jacobea adquiría valor simbólico. El símbolo de una Europa adolescente, vivificada por el progreso; una Europa que la apretada red de caminos a Santiago de Compostela contribuía a reunir más estrechamente y que, en los siglos XII y XIII, pese a la extrema diversidad de formas de vida, pensamiento y creencia, estuvieron más unida que nunca..antes y después.

